

PRIMERA PARTE

El Cortesano

CAPÍTULO PRIMERO

LOS BORJA.—INFANCIA Y JUVENTUD.—ZARAGOZA Y
TORDESILLAS.—LA CORTE.

Ocho hidalgüelos, salidos de la ciudad de Borja, en Aragón, acompañaron, en 1240, en la conquista del reino de Valencia, al rey don Jaime I. Habiéndose distinguido en la toma de Játiva, fueron saludados, por sus compañeros de armas con el grito de: *¡Viva Borja!*, nombre que conservaron en adelante. Recibieron tierras en los alrededores de Játiva y se arraigaron allí, pero hasta fines del siglo XV no fueron sino gentiles hombres sin esplendor.

Elegido papa Alonso de Borja, en 1455, con el nombre de Calixto III, los sacó de su obscuridad, y, para desgracia de ellos, los italianizó. Calixto colmó de favores á los hijos de sus hermanos, sobre todo á Rodrigo, que llegó á ser papa, con el nombre de Alejandro VI, en 1492. Rodrigo de Borja y Borja tuvo ocho hijos. El mayor, Pedro Luis, sirvió en España,

en el reinado del Rey Católico, y obtuvo, en 1485, el ducado hereditario de Gandía. Murió en 1488. Heredó el ducado su hermano Juan, que casó con María Enríquez de Luna, de la cual tuvo dos hijos, Juan é Isabel, y fué asesinado el 14 de Junio de 1497, á su vuelta de España á Roma. Este golpe, selección providencial, desgajó del árbol impuro la rama en la cual debían de brotar las flores de santidad. La mujer de Juan supo en España la muerte de su marido. Viuda á los dieciocho años, resolvió no abandonar un país del que los Borja no debían de haber salido jamás, y, hastiada de un mundo cuyo horror había profundizado, emprendió la obra de reparación que Dios y la Iglesia esperaban.

La santidad penetró en la familia de Borja y en la casa de Gandía por María Enríquez. Con el fin de evitar á su hijo cualquier tentación de volver á Roma, vendió al Rey Católico sus propiedades italianas. Educó piadosa y noblemente á sus hijos y permitió entrar en las Clarisas de Gandía á su hija Isabel, cuando aún no tenía quince años. En 1509 casó á su hijo con Juana de Aragón, y en 1511, cuando aquél tenía ya dos hijos, se encerró también en las Clarisas.

La mujer de Juan de Borja era hija ilegítima del arzobispo de Zaragoza, Alfonso de Aragón—arzobispo á los nueve años,—también hijo natural del rey Fernando V. El primer fruto de este enlace, que reunía en sí tantas faltas de sus progenitores, fué Francisco de Borja y de Aragón, nuestro santo. Rara vez,

brotó santidad de un sol más manchado y menos digno de ostentarla. Mejor que una inmunidad que no sería humana y nada histórica, estas primaveras de inocencia que suceden á épocas de corrupción prueban el fondo divino de la Iglesia.

* *
* *

Educado por una santa, Juan de Borja, tercer duque de Gandía, fué un príncipe virtuoso. De su primer matrimonio tuvo tres hijos y cuatro hijas. Del segundo, contraído en 1523, cinco hijos y cinco hijas. Dos de sus hijos fueron cardenales y murieron jóvenes; cinco de sus hijas ingresaron desde muy niñas, en las Clarisas.

A las representaciones que le dirigieron los habitantes de Gandía, cuando se encerró en Santa Clara, respondió Isabel de Borja que su partida no perjudicaba al Estado. Para consolar á su madre, añadió que el duque Juan tendría un hijo, con el nombre de Francisco, que aseguraría la sucesión al ducado.

Poco tiempo después de la profesión de Isabel, la duquesa de Gandía comprendió que había sido favorablemente acogida la profecía. Para asegurar la bendición divina sobre su primer hijo, había repartido limosnas en abundancia y orado con fervor. Siendo extremados sus dolores, imploró á San Francisco de Asís, y prometió llamar Francisco al hijo que de ella naciera. Se hizo traer un cordón del patriarca que había en el convento de Clari-

sas. Se lo ciñó y puso en su oración todo el fervor que le inspiraba su piedad y el peligro en que se hallaba de morir. El 28 de Octubre de 1510 dió á luz su primer hijo. En esta fecha, todavía gobernaba en España el bisabuelo del niño, el rey Fernando. Su otro bisabuelo, el papa Alejandro, había muerto siete años antes.

En la corte de Gandía ejercían poderosa influencia la madre y la hermana de Juan II. Los tiernos príncipes necesitaban de esta tutela, pero nadie la aceptó con más docilidad que Francisco. El convento de Santa Clara fué su primera escuela. La duquesa quiso tener un hijo instruído, dándole por maestro al canónigo Ferrán, teólogo estimado. A los cuatro años, sabía ya Francisco sus oraciones; á los cinco, recitaba, todos los días, de rodillas, su lección de catecismo. En la corte de Gandía todos tenían la costumbre de sacar á la suerte, cada año, un patrón especial. La víspera y el día de su fiesta, se daba de comer á dos pobres. Francisco practicó siempre esta costumbre, y luego la introdujo en su Orden. Le gustaba, como á muchos niños, componer altarcitos, imitar las ceremonias litúrgicas y enseñarlas á sus pajes. Su padre decía á veces, con mucha gracia, que se educaba á su hijo para clérigo más bien que para gentilhombre, y la duquesa repetía al niño: «Te hacen falta armas y caballos, Francisco, y no imágenes y sermones. Yo he pedido al cielo un duque y no un monje. Sé devoto, pero sé también caballero.» O bien: «Levanta de aquí estos altares,

pilluelo. Tu abuelo D. Fernando no se ocupaba en altares, sino en ejercicios guerreros.»

Si Francisco se inclinaba tanto á la piedad, no era culpa del doctor Ferrán, sino de Dios, que sabe mejor que los hombres, y á menudo á pesar de éstos, formar los santos que ha escogido. Francisco era de rostro encantador y paso firme; tuvo siempre la majestad y la gracia de los Borja. Su carácter fácil le hacía simpático, pues tenía un espíritu hermoso. Á los siete años comenzó á estudiar la gramática, el castellano y quizá también el italiano. El canónigo Alfonso de Avila le enseñaba el cálculo y la música. Un preceptor le adiestraba en el manejo del caballo y de las armas.

Francisco escuchaba y retenía maravillosamente los discursos. En las Clarisas de Gandía, su abuela y su tía se divertían á veces colocándole en el púlpito y haciéndole ensayar los sermones. Cierta día recitó de esta manera una Pasión con extraordinaria seguridad.

Francisco tenía diez años cuando murió la duquesa. Viendo á su madre agonizar, se retiró á una habitación, y, después de haber llorado y orado mucho, dícese que tuvo la idea de flagelarse.

Hacia cuatro meses que el duque de Gandía llevaba luto por su esposa, cuando una revolución perturbó repentinamente la paz de la familia. Los artesanos de Valencia habían proclamado, en Julio de 1520, la *Germanía*, fraternidad de plebeyos contra nobles. Extendióse la sedición, y el 12 de Marzo de 1521, veintiún habitantes de Gandía fijaban un car-

tel de desafío en la puerta de la iglesia. El duque confiscó sus bienes, y resuelto á defenderse, envió á su madre, á su hermana y á sus hijos á Peñíscola. No dejó consigo más que á su primogénito Francisco. El 23 de Julio, el ejército real se reunía en Gandía á las órdenes del virrey de Valencia. El 25 salía de la ciudad y libraba imprudente batalla con los rebeldes. La acción, mal combinada, fué desastrosa. El virrey y sus aliados se refugiaron á la desbandada en Denia, mientras que sus vencedores se dedicaban al pillaje en Gandía.

Al acercarse los rebeldes, Francisco, que quedó solo en el palacio, corrió gran peligro. Su ayo le hizo salir por una puerta que daba á los jardines, y, tomándole en brazos, se arrojó sobre un caballo y pudo ganar la costa antes de ser cogido. Un barco lo transportó á Denia. El virrey, el duque y los fugitivos llenaban ya por completo un navío genovés. Francisco tomó pasaje en él, y el 29 de Julio, como el viento del Sur impedía el acceso á Cartagena, lo que quedaba del ejército real tomó tierra en Peñíscola. No estuvieron mucho tiempo en esta península. La nobleza anhelaba el desquite y lo obtuvo. Al año siguiente el duque de Gandía reconquistó por sí sólo sus Estados y no soñó sino en administrarlos lo mejor posible.

Cuando la bisabuela paterna de Francisco, María de Luna, supo en Baza el desastre del ejército real, ofreció cuidarse de los hijos del duque, su nieto. La abuela materna, Ana de Gurrea, hacía desde Zaragoza la misma de-

manda. Para contentar á una y á otra, el duque Juan envió á Baza á su madre, á María Enríquez (sor Gabriela) y á su hermana Isabel (sor Francisca), é hizo conducir á Zaragoza á Francisco, su hijo mayor, y á Luisa, la menor de sus hijas. Las dos comitivas se embarcaron en Peñíscola, la una para Andalucía, y la otra hacia Cataluña, siendo muy grande la tristeza de esta partida.

* * *

Don Juan de Aragón ⁽¹⁾ y su madre hicieron á los dos niños la más cordial acogida. El arzobispo tomó á pechos el corresponder á la última voluntad de su hermana é instruir cuidadosamente á Francisco. Le habilitó una morada digna de su linaje y le señaló profesores aptos para hacerle adelantar en el estudio de las letras, de la música y de las armas. En la corte fastuosa del diácono-arzobispo, podía aprender á ser gentil hombre distinguido, pero nada le incitaba al despego ni á la santidad.

Durante una cuaresma oyó, sin embargo, de un jerónimo dos sermones que le conmovieron profundamente, uno sobre el juicio final, el otro sobre la pasión de Nuestro Señor. Comprendió estas lecciones, y gracias á ellas, salvó, sin naufragar, los primeros escollos de la vida.

(1) Arzobispo de Zaragoza desde algunos meses antes. Sucedió á su padre, Alfonso, y murió en 1530, sin haber sido nunca consagrado, ni ordenado de sacerdote. Su hermano Fernando le sucedió desde 1739 á 1577.

En la casa de Gandía se hablaba ya con admiración de la virtud de Francisco. Doña María de Luna, su bisabuela, quiso verle antes de morir. El arzobispo no pudo oponerse á tan justo deseo. Envió á Francisco y á Luisa á Baza. Sor Gabriela y sor Francisca se disponían á salir de allí para regresar al monasterio. Francisco tuvo tiempo de encontrarlas, pero apenas llegado á casa de su bisabuela, cayó gravemente enfermo y tardó seis meses en reponerse. Entre tanto un temblor de tierra sacudió el reino de Granada y destruyó parte de Baza. Los habitantes, espantados, acamparon en plena campiña. Francisco se hallaba todavía en cama; se le colocó en una litera, al abrigo de una tienda, y durante cuarenta días el enfermito estuvo cuidado al aire libre.

Una vez restablecido, doña María de Luna, de acuerdo con el arzobispo y el duque, decidió dar principio á la fortuna del heredero de Gandía. Crecía en Tordesillas la infanta Catalina, la última hija de doña Juana la Loca, en compañía de su madre y bajo la severa vigilancia del marqués de Denia. Afligido Carlos V por el aislamiento de su hermana, exigió que se le diesen compañeros de su edad. Hízose la elección con sumo tacto, y fué gran honra formar parte de la casa de la infanta. Francisco era, por parte de su madre, primo segundo de la reina demente. Fué aceptado como menino de la princesa, y quiso su tutor que apareciese en Tordesillas con el lujo propio de un primo del emperador.

Esta decisión separaba para siempre á

Francisco de su hermana Luisa, el único recuerdo viviente que conservaba de Gandía. Luisa tenía entonces tres años. De sus hermanos, no conoció más que al mayor, y durante su vida conservó tal admiración por él, que se convirtió en culto cuando Francisco decidió, bien que después de ella, ser perfecto.

Francisco se dirigió á Castilla, y Luisa á San Lúcar de Barrameda, á casa de su tía, la duquesa de Medinasidonia. La duquesa adoptó á Luisa, la educó, la dotó, y en 1540, la unió con don Martín de Gurrea, conde de Ribagorza, después duque de Villahermosa.

La infanta Catalina tuvo á Francisco á su servicio durante tres años. En 1525 marchó á Portugal á casarse con el rey Juan III. El duque de Gandía no quería que su hijo abandonase á España, por lo que, aunque con disgusto, la infanta se separó de su menino.

Privada de su hija, la infortunada viuda de Felipe el Hermoso vivió todavía treinta años en su triste palacio. Los pajes se habían, sin duda, relatado á menudo la historia de la pobre reina encerrada. Francisco no podía sospechar, al abandonar á Tordesillas, que algún día volvería á calmar los terrores y á santificar la agonía de la augusta y desgraciada cautiva.

Volvió á tomar el camino de Zaragoza. Tenía quince años. Su tío, dichoso de encontrarlo crecido y apuesto, lo confió á un antiguo profesor del colegio de Monteagudo, el doctor Gaspar de Lax, el cual, durante dos años, le dió un curso de filosofía de dos lecciones diarias.

Para estimular más á su sobrino, asignóle el arzobispo dos compañeros de clase, y Francisco, ya muy instruído, decidió convertirse en dialéctico y filósofo.

Su virtud corrió en esta época graves peligros, provenientes de su edad, de su vigorosa complexión y de los ejemplos y delicias que le rodeaban, sobre todo, de los perversos consejos de sus servidores y amigos. Si la sociedad de entonces era tan indulgente con las debilidades de la gente de iglesia, ¿qué no hubiera permitido á un joven hermoso y opulento que se llamaba Borja? ¿No fué el arzobispo el primero en inquietarse por las tendencias demasiado piadosas de su sobrino? Además, era preciso asegurarle su fortuna y abrirle la corte del emperador. La victoria sonreía á Carlos V en 1527: hacía dos años que había ganado la batalla de Pavía, y el príncipe heredero, Felipe, venía al mundo el 21 de Mayo, el mismo mes en que el ejército de Borbón marchaba al saqueo de Roma. Ninguna nube velaba el radiante horizonte de España, y el esplendor de la corte de Valladolid respondía á la fortuna de su señor. Hermosa decoración para entrar en escena. El duque de Gandía era uno de los veinte señores de España á los cuales, en 1520, había reconocido Carlos V la primera grandeza y el título de primo del rey. Señor territorial, jamás salía de sus Estados y de ninguna manera le agradaba la vida de la corte. Francisco, por lo contrario, vuelto de Zaragoza á Gandía, se aburría grandemente. La idea de ir á servir al emperador le sonreía en el más alto grado.

Su padre se lo permitió, y el 8 de Febrero de 1528, le envió á Valladolid.

En su viaje, pasó Francisco por Alcalá de Henares. Un día en que recorría á caballo, brillantemente rodeado de amigos y servidores, la gran calle de Alcalá, se cruzó con un pobre hombre que varios oficiales de la Inquisición arrastraban á la cárcel. Cautivado por su aire distinguido y compadecido de su desgracia, se paró Francisco á contemplarle. Un doctor de la Universidad que, por casualidad, se encontraba en la calle, quedó sorprendido de la conmovedora mirada del adolescente. El preso era Ignacio de Loyola. Más tarde, Francisco de Borja y el doctor fueron discípulos é hijos del acusado, y en su vejez, se complacía el doctor en referir el primer encuentro de San Ignacio y San Francisco.

*
* *

Carlos V y la emperatriz acogieron á Francisco como pariente mejor que como súbdito. Francisco contaba diecisiete años; era alto, de porte muy distinguido y hermoso. Le gustaba montar á caballo y le divertía la caza. Su equipo fué siempre soberbio. Después del emperador, al cual, como es natural, colocaban los cortesanos en primer lugar en todo, Borja pasó muy pronto por el mejor caballero, y aun se discutía que, si el emperador era el que mejor montaba á la alemana, el recién llegado se servía con más comodidad de los cortos estribos árabes. Triunfaba en los

torneos y en los juegos, y cogía la sortija con suprema gracia. Tales éxitos y en tal lugar, eran capaces de embriagar á un joven completamente dueño de sus acciones. Pero á los encantos de su trato, juntaba Francisco tal rigidez de costumbres, que ninguna calumnia podía mancillarlo nunca. Nada de extraordinario en su conducta: algunas comuniones al año, lo cual constituía entonces la costumbre ordinaria. Sin embargo, se diferenciaba de los demás cortesanos, y su reserva le atraía toda clase de respetos. Carlos V le amaba con un afecto que jamás desmintió y al que Borja correspondió con un culto al cual permaneció siempre fiel.

En 1529, el emperador hizose coronar en Bolonia por Clemente VII. Antes de su partida, pidióle permiso la emperatriz para casar á Leonor de Castro, una amiga de la infancia y la más querida de sus damas de honor. Leonor era portuguesa, hija de D. Alvaro de Castro y de Doña Isabel de Barreto y Mello, y había entrado desde muy pequeña, con su hermana Juana, al servicio de la infanta de Portugal, quien, en 1526, las trajo á España.

Carlos V permitió á la emperatriz escoger para su protegida el novio que más le gustase. Doña Isabel nombró al instante á Francisco de Borja. El emperador hubiera preferido un castellano. Conocía la suma delicadeza de los aragoneses, y temía que el duque de Gandía rechazara para su hijo la unión con una extranjera. Ante la insistencia de la emperatriz, Carlos V ordenó á su secretario

don Francisco de los Cobos expedir á Gandía un mensajero portador de las órdenes imperiales. El mismo emperador escribió al duque que la emperatriz y él deseaban tratar á Francisco como hijo y establecerlo por su cuenta.

A estos preliminares, respondió al emperador el duque de Gandía dándole las gracias y asegurándole que cuando Francisco estuviera en estado de casarse, sabría encontrarle un partido en el reino de Valencia. No era posible mayor torpeza. Cobos advirtió á Francisco la imprudencia que cometía su padre, y Francisco, que simpatizaba con Leonor, indicó un expediente. El duque, encerrado en su rincón de Gandía, ignoraba las costumbres de Castilla; quizás temía violar los fueros de Aragón al casar á su hijo fuera del reino, pero si el emperador hacía ir el duque á la corte, aseguraba Francisco que su padre, espantado por este viaje, preferiría dejar en libertad á su hijo á ponerse en camino. Carlos V siguió el consejo y llamó al duque de Gandía. Juan II, decididamente poco cortesano, suplicó al emperador que le dejara en sus tierras, y que, si el pretexto del viaje era el matrimonio de su hijo, autorizaba al emperador para que lo arreglara todo á su voluntad.

Satisfecho por haber triunfado de resistencias que no estaba acostumbrado á encontrar, advirtió Carlos V á la emperatriz que podía continuar sus proyectos. Francisco fué desposado al momento con Leonor de Castro. El emperador dotó á la joven, y á punto de

partir para Génova, hizo redactar en Barcelona, el contrato de matrimonio.

El 29 de Junio de 1529, el Duque de Gándía cedió á su hijo la mitad de la baronía de Lombay. Carlos V, para realzar la dignidad de los jóvenes esposos, erigió en marquesado esta baronía. Además, el emperador nombró al nuevo marqués de Lombay su montero mayor. La emperatriz le nombró su caballero mayor, y á la marquesa, su camarera mayor.

CAPÍTULO II

EL MARQUÉS DE LOMBAY

LA VIDA DE CORTE Y LA DEL CAMPO.—EL ARTISTA.—

LA CONVERSIÓN

Desde luego, tuvo Borja en la corte una situación privilegiada, que su juventud no parecía autorizar. Siempre de viaje y en el campo, el emperador confiaba al caballero mayor la guardia de la emperatriz, y era tal la confianza que le inspiraba, que la rígida etiqueta de la casa real no existía para él.

En 1530, dió á luz la marquesa su primer hijo, Carlos. El niño recibió el nombre del emperador ausente. El príncipe Felipe de España, de edad de tres años, y la emperatriz fueron los padrinos del recién nacido. En esta ocasión, tuvo la emperatriz para con la joven madre cuidados de hermana mayor ó de sirvienta. Durante su infancia, Carlos de Borja y el príncipe Felipe fueron compañeros inseparables. El príncipe de España quería con delirio al marqués de Lombay. De carácter obstinado, se encolerizaba violentamente cuando se le quería arrancar de brazos de su gran amigo. ¡Cómo se hubiera aprovechado un alma ambiciosa de tan preciada intimidad y fortuna tan repentina!

Pero los marqueses de Lombay no se pre-